

LAS HURDES Y ESPAÑA ¿UNA IDENTIFICACIÓN? LOS VIAJES DE LOS INTELLECTUALES A LAS HURDES (1910-1933)

CRISTINA ERQUIAGA MARTÍNEZ¹
Universidad de Salamanca

Resumen

El presente estudio tiene como objeto de análisis los viajes que realizaron a Las Hurdes distintos intelectuales y personas inspiradas por ellos en la España del primer tercio del siglo XX. Partiendo de ese marco histórico en el que destacaban el regeneracionismo y la voluntad de construcción nacional —y del que los intelectuales fueron grandes protagonistas—, el trabajo plantea la hipótesis de si se puede considerar el compromiso de los intelectuales por el desarrollo de Las Hurdes como una identificación con su misión de regeneración nacional, y contemplar sus viajes y acciones en esta región como ejemplo y materialización de su voluntad de construir una nación.

Palabras clave: Las Hurdes, España, intelectuales, construcción nacional, Unamuno, Marañón, Buñuel, Maurice Legendre, Alfonso XIII, periodistas.

Abstract

This work focuses on the journeys that different intellectuals and people inspired by them made to Las Hurdes in the first decades of the XXth century. In those years Spain's regeneration and national construction were two of the main national matters and the intellectuals played an important role on them. This research suggests the hypothesis of considering the intellectuals' commitment for the development of Las Hurdes as an identification with their mission in national regeneration and proposes to look at their journeys and actions in this region as an example and materialization of their will of building a nation.

Key words: Las Hurdes, intellectuals, Unamuno, Marañón, Buñuel, Maurice Legendre, Alfonso XIII, journalist.

¹La autora es beneficiaria de una ayuda FPU del MECD y participa en el Grupo de Investigación Reconocido de la Universidad de Salamanca "Historiografía y nacionalismo en la España Contemporánea" (HNEC).

INTRODUCCIÓN

En las primeras décadas del siglo XX en España, diferentes intelectuales y personas inspiradas por ellos acudieron a la región extremeña de Las Hurdes para conocer más de cerca las condiciones en las que ahí se desarrollaba la vida y tratar de remediar los problemas que acechaban a la población desde hacía siglos. Los viajeros eran individuos destacados de la vida pública española, personalidades de primera fila de ámbitos como el científico, el artístico, el académico o el político. Maurice Legendre, Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón, Alfonso XIII, los periodistas que cubrieron el viaje regio y Luis Buñuel se interesaron, entre 1910 y 1933, por esta población española. Aquellos viajes se desarrollaron en un contexto histórico en el que, en España, existía muy viva una conciencia de decadencia nacional, a la que se unía la voluntad de regenerar el país. Fueron precisamente los intelectuales, individuos que intervenían en el devenir nacional desde sus respectivos campos de acción, quienes sintieron como propia esta misión regeneradora de la nación y dedicaron sus esfuerzos a acometerla.

Ante esta realidad, al estudiar los viajes que estos personajes realizaron a Las Hurdes surgen dos grandes preguntas: ¿Por qué se preocuparon por esta remota región precisamente aquellas personas que consideraban que su misión era la construcción de la nación? ¿Resulta una casualidad que todas estas acciones tuvieran lugar en este espacio de tiempo limitado que coincidía con un contexto muy concreto de la historia de España en la que la regeneración y la construcción nacional eran objetivos prioritarios?

Este trabajo parte de la hipótesis de que el compromiso de los intelectuales por Las Hurdes consistió en una identificación con su misión de regeneradores nacionales. Su labor en aquella región no sería así ajena a su misión de guías de la nación. Pero ¿por qué consideraban que su tarea nacional se desempeñaba al volcarse en el desarrollo de esta zona? Podría ser que estos protagonistas de la vida pública española vieran en la miseria de Las Hurdes un reflejo de la decadencia de España y que, por esta correspondencia, considerasen que, sacando adelante Las Hurdes, estaban construyendo la nación.

“Tres notas constantes en las generaciones españolas desde la Restauración —amar a España, conocer España, reformar España— se juntaron en aquella hermosa idea de llevar a Las Hurdes al monarca” (MARañÓN et al., 1993: 200). Estas palabras de Pedro Laín Entralgo, extendidas a los viajes de todos los personajes aquí estudiados, reflejan la hipótesis que este estudio pretende comprobar.

Así como los intelectuales no desarrollaron individualmente su labor de regeneración y construcción nacional, tampoco en Las Hurdes sus acciones se realizaron de manera aislada. El compromiso de estos individuos con la causa hurdana estuvo influido por las relaciones e inspiraciones que unían a estas personas. Es por ello que, a pesar de estudiar cada viaje por separado, este trabajo los presenta reunidos en un solo análisis, subrayando los vínculos de unión que existieron entre ellos. Solo esta mirada permite que la implicación de aquellos individuos en la cuestión hurdana sea estudiada desde el plano real en la que fue acometida, a la vez que dialoga con el contexto histórico-cultural del momento, permitiendo estudiar estas acciones desde una perspectiva intelectual y nacional.

1. CONTEXTO HISTÓRICO: REGENERACIONISMO Y CONSTRUCCIÓN NACIONAL

A comienzos del siglo XX en España predominaba un sentir de decadencia heredado de décadas atrás, contexto en el que el regeneracionismo y la construcción de la nación se convirtieron en cuestiones clave. Esta idea de decadencia se fue forjando a lo largo de tres crisis que azotaron el último tercio del siglo XIX. La crisis del Sexenio supuso el fracaso del intento de democratizar España y fue, para quienes impulsaron este cambio, “una muestra de la *degeneración*, de la inadaptación profunda del pueblo y la sociedad española a la marcha de los tiempos” (ESTEBAN DE VEGA, 1999: 61). A esto se unió la crisis finisecular que azotó a Europa, en la que los valores positivistas que hasta el momento habían regido el devenir del continente se pusieron en tela de juicio al constatar que la ciencia, en la que habían fundamentado el progreso, no era capaz de

penetrar las dimensiones más profundas del hombre.

Estas dos crisis hicieron aflorar en el país una conciencia de decadencia nacional y fue en ese clima de pesimismo donde se situó el Desastre del 98. La pérdida de las colonias fue, palabras de Giner de los Ríos, una “«revelación patente aun para los más cortos de vista... de nuestro desastre material y moral —que éste ya viene de bastante antiguo»” (CACHO VIU, 1997: 96). El problema no se encontraba solo en las relaciones internacionales, sino que el retraso se sufría en lo hondo de España. Eran problemas internos realidades como el caciquismo, los bajos niveles de alfabetización o el escaso desarrollo de la ciencia española, por lo que ante quien principalmente debía de rendir cuentas España era ante sí misma.

Sin embargo, no todo quedó en decadencia, del propio pesimismo brotó el ideal de una regeneración nacional, surgiendo en torno a 1898 “una conciencia histórica de signo prospectivo, abierta al futuro y a la esperanza, que se postula como base para un esfuerzo sostenido de regeneración de la nación española” (ESTEBAN DE VEGA, 1999: 73).

Esta nueva voluntad regeneradora llenó los diferentes ámbitos de la vida española, pero fueron los intelectuales los primeros en considerar que la misión de la regeneración del país correspondía a la figura que ellos representaban. Su avanzada formación y conocimientos les hacían idóneos para esta tarea y también “la conciencia de que la clase política que dirigía el país era una oligarquía incompetente, que pastoreaba un pueblo incapaz de ayudarse a sí mismo, falto de educación” (NIÑO RODRÍGUEZ, 2007: 229). De esta manera se lanzaron a la regeneración del país, contribuyendo con ello a la construcción nacional.

Los intelectuales del cambio de siglo constituían “un grupo que piensa y escribe con el fin de afectar el futuro de la nación” (FOX, 1976: 15). Buscaban intervenir en los distintos campos de la realidad con el objetivo de transformar la nación. Estos personajes subrayaban la independencia con la que ejercían su labor que, si bien actuaba en la política, no dependía de sus vaivenes. “Ejercen su oficio (...) invocando su independencia y su valor y en defensa de la verdad y de la libertad” (SANTOS JULIÁ, 2004: 62). Se consideraban depositarios de unos valores universales que estaban dispuestos a defender frente a gobiernos, instituciones o personalidades que los atacasen. Eran custodios de la conciencia de la nación, conocedores de valores fundamentales, independientes en su labor por extenderlos y responsables de guiar a la nación para alcanzarlos. Pretendían ser “conciencia de la multitud para agitarla de su pereza y protestar en su nombre” (SANTOS JULIÁ, 2004: 62) y así “diagnosticar el mal que le afectaba y poner remedios” (SANTOS JULIÁ, 2004: 62). Su acción consistió, al mismo tiempo, en una oposición a la política que había conducido al país a esa situación y en una labor de regeneración. Falto del escaño político desde el que poder hacer oír su voz e intervenir en el devenir nacional, el intelectual encontró en la prensa la tribuna desde la que hacerse presente en la vida pública, emitiendo sus protestas y expresando sus ideas acerca del rumbo que había de tomar el país.

Los miembros de la Generación del 98 fueron los primeros en encarnar esa figura del intelectual cuya misión es la construcción y el desarrollo nacional, “fue la primera generación española que tenía una conciencia clara de su papel rector en la vanguardia política y social” (FOX, 1976: 16). Ganivet, Unamuno, Costa, Baroja, Maeztu o Azorín, entre otros, se dedicaron a la búsqueda del alma española que consideraban visiblemente afectada por los avatares de una historia que, llevada a cabo por la España oficial, le había dado la espalda. Ante la crisis del positivismo y la razón, volvieron la mirada hacia el interior del hombre y de las naciones, preocupándose más por el espíritu que por esa ciencia de la que estaban desengañados. Sus obras ahondaron en este sentir de decadencia, buscando en el alma de los españoles los fundamentos para iniciar una nueva construcción nacional, centrando sus esfuerzos en las ideas más que en las soluciones prácticas.

La generación posterior, la del 14, capitaneada por Ortega y Gasset, Marañón y Azaña adoptó una postura distinta. Imbuidos por “la seguridad del vitalismo postpositivista” (CACHO VIU, 1997: 69) consideraron que la construcción nacional debía pasar por llevar a cabo acciones concretas en la ciencia, la cultura, la educación, la comunicación y la política que trajeran consigo un cambio palpable. Realizaban su labor “acogiendo un punto de vista inequívocamente europeo y modernizador, trabajando en grupo, actuando como una sola clase, e interviniendo en política colectivamente” (ROBERTS, 2007: 35).

Reflexión y acción eran dos maneras de desarrollar la labor del intelectual de intervención en el espacio público. A pesar de las diferencias que pudieran presentarse, las dos cuestiones claves

eran compartidas por ambas generaciones: España se encontraba en una situación de decadencia y los intelectuales debían sacarla adelante levantando la nación. Así, puede hablarse de los intelectuales de esta época en conjunto: “Un grupo, digo, y no una serie de individualidades. Sus nombres, casi siempre los mismos, aparecían juntos firmando manifiestos o protagonizando conmemoraciones (...). Y lo hacían, además, convencidos de que desempeñaban un papel moral dirigente, que eran la *conciencia de la nación*”² (ÁLVAREZ JUNCO, 2001: 15).

2. LAS HURDES: DE LA LEYENDA A LA REALIDAD

No puede perderse de vista que los personajes aquí estudiados acudieron a Las Hurdes con esta mentalidad, es decir, considerándose guías y constructores de una nación en decadencia. El intelectual de la España de principios del siglo XX no ejercía su papel durante unas horas al día, sino que toda su persona encarnaba una misión que le comprometía en cada aspecto de su vida.

Antes de analizar estos viajes a Las Hurdes conviene situarse en la realidad de aquella región a principios del siglo pasado. Las Hurdes es una región situada al Norte de la provincia de Cáceres en la zona limítrofe a la provincia de Salamanca, abarcando 508 km. A principios del siglo XX contaba con cerca de 8000 habitantes distribuidos 43 alquerías constituidas en cinco concejos: Caminomorisco, Nuñomoral, Pinofranqueado, Cabezo y Casares de Las Hurdes.

La abrupta geografía dificultaba la comunicación de esta región con el exterior y también entre las alquerías que la conformaban. Este aislamiento intensificó el desconocimiento de la zona y la dificultad de comunicación trajo consigo también la pobreza de las condiciones de vida. Además, el terreno hurdano no era propicio a la agricultura ni a la ganadería, lo que empobrecía aún más la vida en esa región. A esto se le unía una dependencia que durante siglos ató la zona a la localidad salmantina de La Alberca. Aislamiento, dependencia, malas condiciones geográficas y pobreza de la tierra sumieron a Las Hurdes durante siglos en una situación de miseria. La pobreza agrícola y ganadera y la incomunicación conllevaban una pobreza material en la que los hurdanos habitaban angostas casas sin ventilación, conviviendo con los escasos animales que poseían. El terreno cultivable se disponía en estrechas franjas a la vera del río y a menudo una pieza de ganado era propiedad de varias familias a la vez. La pobreza obligaba a algunos hurdanos a mendigar en regiones cercanas y agravaba la práctica de la lactancia mercenaria, pues las mujeres hurdanas difícilmente podían sobrellevar la carga adicional que suponían los *pílus*, expósitos de la provincia de Salamanca, a pesar de lo cual los acogían por la necesidad de recibir un sueldo.

Esta situación de pobreza era un caldo de cultivo para numerosas enfermedades como el paludismo o el bocio-cretinismo, las más abundantes. El aislamiento conllevaba que en numerosas alquerías los habitantes tuvieran que desplazarse para recibir atención médica y también educativa. Así, situaciones penosas como una elevada mortalidad infantil, analfabetismo, hambre crónica, mendicidad o falta de higiene básica proliferaban en aquella región, no por circunstancias excepcionales, sino por problemas comunes en aspectos básicos como la comunicación, la educación o el servicio médico.

Durante algunos siglos, esta situación estuvo rodeada de la leyenda y el mito, lo que se vio reforzado por el aislamiento de la región, que la convertía en un lugar desconocido y, por ello, más propenso al misterio. Los rasgos esenciales de la mirada legendaria, el “aislamiento completo del territorio y (el) salvajismo de sus habitantes” (GRANJEL, 2003: 100), reforzaban la categoría de excepción y encontraron como máximos exponentes la obra de Lope de Vega *Las Batuecas del Duque de Alba*, desde la perspectiva de la leyenda negra, y la de la francesa Madame Genlis *Las Batuecas*, representando la leyenda blanca que consideraba al hurdano como el buen salvaje de Rousseau. Fuera de la literatura, el *Diccionario* de Pascual Madoz situó de nuevo Las Hurdes en las coordenadas de la leyenda negra.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII comenzó a darse un cambio de perspectiva a partir de acciones que situaron a Las Hurdes en su órbita real y procuraron su desarrollo. La primera de ellas vino de la mano de la Administración con el Catastro de Ensenada y las visitas de la Real Audiencia. En el siglo XIX recogieron el testigo los mineros en el marco de la Ley de Minas de 1825 y gracias al proyecto surgido en 1849 de crear un Mapa Geológico de España. A

²Cursiva en el original.

todo ello hay que unir la labor de distintos agentes locales, como Romualdo Martín Santibáñez (1824-1895), natural de Pinofrankueado, que llevó a cabo un profundo estudio sobre la historia, las características y las condiciones de vida de Las Hurdes. En los primeros años del siglo XX cabe destacar la labor desarrollada por el obispo de Plasencia Francisco Jarrín y el deán José Polo Benito que fomentaron la “creación de escuelas, construcción de nuevos cementerios, apertura de caminos, roturación de tierras, dotación de iglesias para la comarca y organización de una caja de crédito rural” (GRANJEL, 2003: 100).

Todas estas intervenciones conllevaban un amplio conocimiento de la región, el reconocimiento de las verdaderas causas de los problemas hurdanos y las propuestas de medidas regeneradoras concretas y factibles. Con ello, Las Hurdes se iban alejando de la leyenda y situándose en el plano de la realidad. Además, la región fue abandonando poco a poco la órbita local, abriéndose paso en esferas regionales, lo que facilitaría el posterior salto nacional. Así pues, el impulso de los intelectuales en Las Hurdes no fue algo nuevo, sino que constituyó un paso más en la trayectoria de desarrollo de la región que había comenzado dos siglos antes.

3. LOS VIAJES DE LOS INTELECTUALES

3.1 Maurice Legendre

Al estudiar la implicación que intelectuales como Unamuno o Marañón tuvieron con el desarrollo de Las Hurdes se encuentra en ambos casos un factor común: Maurice Legendre. Este hispanista francés, futuro director de la Casa de Velázquez, fue una pieza clave en el conocimiento y desarrollo de Las Hurdes.

El hispanismo apareció en el horizonte de Legendre a partir de la lectura de *Idearium español* de Ganivet. Buscando profundizar en el estudio del pensamiento del granadino, quiso contactar con alguien que le hubiera conocido de primera mano y fue así como comenzó su correspondencia con Miguel de Unamuno que abarcaría desde 1907 hasta 1934, acompañada de una profunda amistad que se prolongó hasta la muerte de Unamuno. Su interés por España le llevó a emprender un viaje en 1909, en el que visitó Salamanca. En una subida a la Peña de Francia, montaña situada al sur de la provincia salmantina, a unos 70 kilómetros de distancia de la capital, pudo contemplar por primera vez Las Hurdes. Rápidamente se despertó en él el interés por conocer la región: “¡Hallar, a dos pasos de la civilización más encumbrada, a dos jornadas de camino de Salamanca, un país salvaje aún por descubrir!” (MARAÑÓN et al., 1993: 177). Fue al año siguiente, en 1910, cuando Legendre penetró Las Hurdes acompañado por el albergano ‘tío Ignacio’. A las pocas horas de viaje, tras haber palpado de cerca la miseria de Las Hurdes, su curiosidad se convirtió en compromiso. Legendre consideró que tenía una responsabilidad con respecto a aquella tierra. “El profesor, el geógrafo, igual que los demás mortales, tenía su misión: presentar al mundo el retrato fiel de aquel país sería, indudablemente, un modo de atraer hacia él la conmiseración de muchos, y entre éstos podía haber quienes dispusieran de la influencia bastante para hacer llegar los primeros socorros” (MARAÑÓN et al., 1993: 177).

Conocer la región y darla a conocer. A partir de aquel año, Maurice Legendre recorrió Las Hurdes “un día y otro, durante incursiones de muchos meses, repetidas año tras año” (MARAÑÓN, 1979: 806) lo que hizo de él uno de los mayores conocedores de esas tierras. Fruto de estas investigaciones presentó en 1927 su tesis *Las Jurdes: étude de géographie humaine*, que constituye uno de los más amplios estudios realizados sobre Las Hurdes, “fuente inagotable de datos y de conocimientos precisos y preciosos” (ROBLES, 1994: 195). Todo esto hacía de él la persona idónea a la que acudir para acercarse a la realidad hurdana y Legendre aceptó esta tarea como una misión propia.

Comprendió que los intelectuales, como voces que eran de la nación, podían desempeñar un destacado papel en el desarrollo de Las Hurdes, y por ello involucró en esta causa a su amigo el rector de Salamanca. Pero además, fue también Legendre quien transmitió a Marañón los conocimientos sobre la región ejerciendo como guía durante el primer viaje del doctor. Y fue su tesis la principal fuente en la que se basó el guión de Luis Buñuel para *Las Hurdes, tierra sin pan*. Detrás de todas estas acciones, e indirectamente también de las de Alfonso XIII y los periodistas, se encontraba la figura de Maurice Legendre. Oculto en la sombra, este personaje francés dedicó

gran parte de su vida a Las Hurdes, y a su intensa labor de dar a conocer el problema hurdano debemos la implicación de los intelectuales españoles con la causa, con las consecuencias que de ello se derivaron. Se puede afirmar, entonces, que Maurice Legendre actuó como un hilo conductor que enlazó las acciones que los diferentes intelectuales y personas inspirados por ellos realizaron en territorio hurdano.

3.2 Miguel de Unamuno

El 25 de julio de 1913 Maurice Legendre escribió una carta a Unamuno en la que le relataba el plan de un inminente viaje por España, en cuyo trayecto tenían un lugar Las Hurdes. A los pocos días, el 30 de julio, Unamuno se unió a Legendre y un amigo común, el filósofo francés Jacques Chevalier, en Béjar y recorrió Las Hurdes con ellos hasta el 4 de agosto, fecha en la que se dirigieron a la Peña de Francia. A lo largo de su viaje, Unamuno redactó unas anotaciones que se conservan en su *Diario del viaje a Las Hurdes* en la Casa Museo Unamuno. A partir de estos comentarios, el vasco compuso los artículos publicados en ese año en *Los Lunes de El Imparcial* bajo el nombre de “Las Hurdes (Notas de un excursionista)” y que luego recogería en 1922 formando un capítulo de su obra *Andanzas y visiones españolas*.

A pesar del título, estos artículos no son simples comentarios de una excursión, pues con ellos Unamuno trata de desmitificar la situación hurdana y comprenderla, acercando a su público la realidad que él presencié, muchas veces tan alejada de las leyendas de Las Hurdes.

Miguel de Unamuno quiso transmitir al lector la normalidad de Las Hurdes, el hecho de que un hurdano bien podría ser el habitante de otra región española y que un habitante cualquiera de España, viviendo en las condiciones de Las Hurdes, viviría sumido en la misma pobreza. Fueron las circunstancias de vida las que les habían conducido a su mísera situación, pero ese mal no era constituyente e inevitable, no era esencial a los hurdanos, como las leyendas habían querido reflejar. “¡Pobres hurdanos! Pero... ¿salvajes? Todo menos salvajes” (UNAMUNO, 2006: 156).

Pero Unamuno no solo pretendía transmitir una imagen más justa y equilibrada de Las Hurdes, el rector de Salamanca buscaba comprender qué llevaba al hurdano —ser humano como el resto, sin ningún carácter excepcional— a habitar esa tierra ingrata. Encontró la respuesta hablando con sus habitantes y comprendió “por qué esos pobres heroicos hurdanos se apegan a su tierra: porque es suya” (UNAMUNO, 2006: 161). El filósofo entendió que la voluntad de estas personas no era abandonar esa tierra, pues era algo que habían hecho suyo. Con estas palabras, Unamuno (2006) consideró que el bien de los hurdanos no podía residir lejos de su tierra, sino que la solución había de tratar que esos habitantes puedan llevar una vida digna labrando sus tierras y sacando fruto de ellas:

“Si un padre tuviese una hija enferma (...) y ese padre hubiese luchado un día y otro, y meses y años por arrancar a su hija de la muerte, y en esta lucha se hubiese extenuado, ¿le diríais que abandonase a su hija, que la dejara morir y salvase su vida? Pues la pobre tierra cultivada de las Hurdes es la hija de dolores, de afanes, de sudores, de angustias sin cuento, de esos heroicos españoles a quienes se llama salvajes. Ellos la han hecho” (p.162).

Detrás de este empeño, Unamuno vio mucho más que unas pobres gentes que habían sufrido los avatares de una historia que se había vuelto contra ellos, y contempló unos personajes heroicos, que no se contentaban con padecer las penosas circunstancias de la naturaleza en la que vivían, sino que las combatían. Para él, esas gentes eran el alma de España, los verdaderos personajes de su intrahistoria. “Pour Miguel de Unamuno, les *hurdanos* sont des êtres *intra-historiques*, d’humbles héros en lutte quotidienne contre une nature hostile et sauvage” (RABATÉ, 2005: 379). En más de una ocasión suscribió Unamuno la afirmación de Legendre de que los hurdanos eran “el honor de España” (UNAMUNO, 2006: 152) y secundó al francés al titular un artículo publicado sobre esta región y sus alrededores “El corazón de España.” Unamuno consideraba que la esencia de un pueblo se encuentra en lo que él identificó en Las Hurdes como “esos hombres de siempre, fuera de época” (UNAMUNO, 2006: 148). Para Unamuno la intrahistoria es la entraña del devenir humano, aquello que permanece por debajo de las olas de lo temporal, del

acontecimiento histórico que fluye. Es la humanidad común a todos los hombres, permanente en el interior de toda realidad. En “el fondo *continuo* del pueblo llano, de la *masa*” es donde puede encontrarse “lo que tenían de común los pueblos todos” que actuó a la vez como elemento común y principio de diferenciación de donde “brotaron las energías de las individuaciones nacionales” (UNAMUNO y RABATÉ, 2005: 164). Es en la aldea, en lugares como Las Hurdes, en el interior del país, en las vidas alejadas de la historia que viven en un presente continuo, en el “presente *total* intra-histórico” (UNAMUNO y RABATÉ, 2005: 158), donde se encontraba para Unamuno la verdadera alma de España.

3.3 Gregorio Marañón

En abril de 1922 el doctor Gregorio Marañón visitó por primera vez Las Hurdes en una expedición sanitaria, al determinar la Inspección General de Sanidad que “la Comisión años atrás nombrada para el estudio del bocio y el cretinismo en España, fuese inmediatamente a recorrer Las Hurdes y a informar sobre su estado sanitario” (MARAÑÓN et al., 1993: 155). Acompañado por otros médicos, Marañón penetró en Las Hurdes para estudiar el bocio y el cretinismo de la región. Para el doctor no era del todo desconocida la realidad hurdana, a la que había podido acercarse muy posiblemente a través de su amistad con Maurice Legendre —que el propio francés evidenciaría al hablar sobre “aquella comisión sanitaria a la que yo acompañé a título estrictamente privado y de la que formaba parte otro grande e ilustre amigo mío el doctor Marañón” (MARAÑÓN et al., 1993: 185)— y con Miguel de Unamuno.

Al regresar de la expedición, Marañón redactó junto con los doctores Goyanes y Bardají —inspector de Sanidad de Badajoz— una memoria sobre el estado sanitario de Las Hurdes. Los doctores afrontaron el estado de los hurdanos desde un punto de vista científico y en esa línea propusieron las soluciones. Gracias a su mirada científica, repitieron a la sociedad española lo que muchos otros antes venían afirmando: que los males de Las Hurdes no eran inherentes a sus habitantes, que estos los padecían como lo haría cualquier otra persona en sus circunstancias. “Aquellos hombres eran (...) españoles como los demás (...) pero más hambrientos que los de las más pobres aldeas castellanas y, además, enfermos en su casi totalidad” (MARAÑÓN et al., 1993: 159). Esta idea viene reforzada en la *Memoria* con la “afirmación rotunda de que *el problema hurdano es puro y simplemente un problema sanitario*, que a la Sanidad pública toca, por tanto, corregir”³ (MARAÑÓN et al., 1993: 148).

Los doctores diagnosticaron los problemas principales: el paludismo, el bocio-cretinismo y el hambre, al que bautizaron como ‘mal de Las Hurdes’. Propusieron medidas como el desplazamiento de tres médicos a la región, la constancia en el reparto de quinina, la construcción de caminos que comunicaran las alquerías entre sí y estas con otras aldeas y el traslado de los habitantes de las alquerías más pobres a otras de mejor estado. Las Hurdes, pues, necesitaban una atención constante, y no un interés pasajero. “En Las Hurdes el mal es permanente y el remedio debe serlo también”⁴ (MARAÑÓN et al., 1993: 151).

Estos doctores aceptaron la misión de Las Hurdes como representantes de la sociedad española, no solo como médicos, y por ello no se limitaron a emitir una reflexión intelectual o científica sobre la región, sino que trataron de conocer lo que otros habían dicho sobre ella y de ofrecer soluciones factibles e integradoras que, a la larga, procurasen la solución de los diversos problemas de Las Hurdes. Conscientes de que podían dar voz desde una perspectiva científica a la situación hurdana, adoptaron esta labor con responsabilidad, procurando difundir esta realidad más allá del campo de la ciencia. Marañón no se contentó con el diagnóstico realizado, sino que buscó comprometer en la causa hurdana a la nación.

3.4 Alfonso XIII

El empeño del doctor Marañón consiguió que finalmente Alfonso XIII, que conocía la situación hurdana desde hacía años de mano de distintas personas, visitara Las Hurdes del 21 al 23 de junio de 1922. En la comitiva regia se encontraban, entre otros, distintos individuos que conocían

³Cursiva en el original.

⁴Cursiva en el original.

la región y guiaron al rey, como el propio Marañón, Pedro Segura —por aquel entonces, obispo de Coria— o el conde de Romilla, diputado del distrito de Hoyos. El viaje comenzó el día 20, pero no penetraron Las Hurdes hasta el 21, cuando la comitiva se internó en Las Hurdes Bajas visitando Pinofranqueado y las alquerías que lo integraban y avanzando por Caminomorisco, Rubiaco y Nuñomoral, donde hicieron noche. Aquí pudo palpar el rey las tristes condiciones de vida de los hurdanos y acompañarles, como hizo en Rubiaco, donde “socorrió a un enfermo de paludismo, que entre lágrimas agradeció el óbolo regio” (LA CORRESPONDENCIA, 1922: 1). El 22 de junio el monarca partió hacia Las Hurdes Altas y visitó Cerezal, Martilandrán, La Fragosa y Casares de Las Hurdes, donde pernoctaron. Recorrieron ese día la región más pobre de todas Las Hurdes, entrando el rey en contacto con la mayor miseria hurdana. Paludismo, enanismo, casas inhabitables, jóvenes postrados e impedidos... “El estado de cretinismo es general, y el raquitismo ofrece aquí ejemplares humanos verdaderamente espantosos. Algunos hombres de diecinueve años no alcanzan un metro de estatura” (LA CORRESPONDENCIA, 1922: 1), narraba el ministro Piniés en el informe oficial.

El 23 de junio el rey salió hacia Carabusinos y de ahí a la alquería de Riomalo, para continuar por Ladrillar y Las Mestas. Aunque en menor medida, la miseria seguía muy presente en estas zonas y la comitiva regia continuó presenciando la insostenible situación de Las Hurdes. La jornada terminó en el convento de Las Batuecas, ya fuera de Las Hurdes y regresaron a Madrid el día 24.

Fue un viaje breve, pero representativo, que permitió al rey recorrer Las Hurdes Bajas, la región central de las Altas y la zona más periférica de estas y conocer de primera mano la realidad hurdana. El propio “Monarca expresóse satisfecho por haber realizado el viaje, pues así ha tenido ocasión de ver de cerca tantas desdichas, y esto le servirá de estímulo para procurar su remedio cuanto antes” (ABC, 1922: 15). En julio de ese mismo año, Alfonso XIII erigió el Real Patronato de Las Hurdes, dedicado en exclusiva al desarrollo de la región, entre cuyos miembros estaba Marañón. Interesado por la labor acometida por dicha institución en la región, el monarca emprendió en 1930 un segundo viaje a Las Hurdes. Este viaje no duró mucho, pues, al poco de llegar, se recibió la noticia de la muerte de Miguel Primo de Rivera, lo que reclamó la presencia de Alfonso XIII en Madrid.

No obstante, lo que sucedió en junio de 1922 fue mucho más que el viaje de un rey a una región de su reino. El viaje real consiguió algo que tras décadas de esfuerzo no se había terminado de lograr: concienciar a los españoles acerca de la realidad hurdana. Quienes impulsaron el viaje regio eran conscientes de ello, no buscaban que el monarca transformase Las Hurdes, pero tampoco que se pasease por ellas. Querían que, a través de sus pasos, sus ojos y sus sentimientos —de los que el país estaba pendiente—, Las Hurdes penetraran en la sociedad, la política y la opinión pública española.

3.5 Los periodistas que cubrieron el viaje del rey

Los españoles pudieron conocer estos hechos de primera mano gracias a la labor de quienes cubrieron el viaje real. El estudio de esta cobertura periodística resulta clave si se pretende estudiar la labor en Las Hurdes desde una perspectiva nacional pues, por su propia naturaleza, estos medios de comunicación jugaron un papel fundamental en la nacionalización de la cuestión hurdana.

Por un lado, la cobertura periodística ofreció a los españoles un relato unitario del viaje del rey, ya que en la comitiva regia solo se permitió viajar a un periodista y un fotógrafo, recayendo la suerte sobre García Mora, de *El Universo*, y Campúa, fotógrafo habitual de la Casa Real. Por otro lado, a través de sus vías de difusión y la familiaridad con el medio, el relato periodístico tenía la capacidad de alcanzar a un mayor número de españoles y a una mayor diversidad de ellos. Además, el tratamiento del tema hacía también que el discurso periodístico fuera más accesible, comparado con los demás discursos que se habían producido en torno a Las Hurdes hasta el momento: científico, político, antropológico, geográfico, etnográfico, ensayístico o político. A todo esto se suma que, durante dos semanas, Las Hurdes estuvieron presentes en el día a día de los españoles, penetrando las casas, los cafés, las calles y los despachos de muchos rincones del país. El propio tratamiento periodístico que la situación hurdana recibió la convirtió en una cuestión de importancia nacional.

Debido al hecho de que la comitiva regia solo admitió un periodista y el resto de los medios elaboraron sus noticias a partir de los informes oficiales, el interés del análisis periodístico se dirige no tanto a la información difundida, sino a la opinión que estos medios expresaron en torno a la realidad de Las Hurdes.

El periódico *La Acción* aprovechó la información del viaje regio a Las Hurdes para difundir la opinión de alguno de sus periodistas acerca de la región, principalmente en torno a la cuestión del desalojo de Las Hurdes. Su director, Delgado Barreto, consideraba que “el problema ha quedado reducido a desalojar la parte inhabitable de que aquella región” (DUQUE DE G, 1922: 1) y no dudaba en ir más allá y sostener que “lo mejor ha de ser que la raza de los hurdanos de Las Hurdes Altas se extinga dulcemente, rodeada del cariño de todos, pero no del aliento para que se reproduzca y perpetúe” (DUQUE DE G, 1922: 1).

El diario *ABC* cubrió el viaje del monarca con profundidad y rigor, acercando la región a sus lectores días antes del comienzo del viaje a través de fuentes directas como las fotografías de Venancio Gombau, la *Memoria* de los doctores Marañón, Goyanes y Bardají y la obra de Blanco-Blmonte *Por la España desconocida*. Trataron también de disminuir el efecto negativo que la miseria de Las Hurdes ocasionaba a la imagen nacional, sosteniendo que “en todas las naciones existe algo equivalente a nuestras Hurdes” (SALAVERRÍA, 1922: 3).

El Imparcial subrayó que para este diario Las Hurdes, “que parece que quieren algunos periódicos descubrir estos días” (EL IMPARCIAL, 1922: 1), no eran nada nuevo, pues llevaban décadas hablando de ellas en sus páginas. Una muestra de ello es que fue en este medio donde Unamuno publicó sus “Notas de un excursionista” en 1913.

El Sol aprovechó la actualidad de Las Hurdes para referirse a otras cuestiones nacionales, como la de la propiedad de la tierra. El periódico acuñó el término ‘hurdanismo’, en referencia a aquellos habitantes de la región que afirmaban haber conocido zonas peores y por ello no miraban con visión crítica su situación. Con este término el diario buscaba referirse a la “soberbia localista, regionalista o nacionalista [que] se da en todas las zonas de la vida nacional y en el propio Estado” (ARAQUISTÁIN, 1922: 1). Así, Las Hurdes podían ser utilizadas para defender que la situación de España no era peor que la de otras naciones —como hizo *ABC*— o para ahondar en el sentimiento de decadencia nacional.

Los semanarios como *Mundo gráfico* o *La Esfera* fueron el principal medio para acercar visualmente la realidad hurdana a los españoles. A través de las fotografías de Campúa, los españoles pudieron ver con sus propios ojos aquella realidad de la que habían leído y oído hablar. Resultó así un material inestimable en su momento, pero también lo es ahora pues, gracias a él, puede uno acercarse a una realidad que, afortunadamente, ya no existe.

La cobertura informativa llevada a cabo por *La Correspondencia de España* merece un tratamiento aparte. Su redactor en Las Hurdes, Pedro Antonio Baquerizo, afrontó su labor buscando terminar con la leyenda de Las Hurdes, acercando al espectador lo más rigurosamente posible la verdadera realidad, sin paliativos ni exageraciones. “Esta es la austera verdad, que debo confesar y confieso, aunque con ello defraude, al romper la trágica leyenda, el interés de quienes soñaron en mágicas y horripilantes descripciones de extrañas gentes y costumbres” (BAQUERIZO, 1922: 1). Este periódico se interesó tanto por el viaje del monarca como por Las Hurdes en sí, resultando una interesante fuente para conocer la realidad hurdana del momento. Se expuso la labor que habían realizado en la región diferentes agentes, permitiendo que el lector conociera de una manera completa la trayectoria de la labor en Las Hurdes, que no comenzaba con el viaje del monarca. Baquerizo no afrontó su labor como un ir a la zaga del monarca, sino que aprovechó su “independencia” para conocer por sí mismo Las Hurdes y transmitir las así al lector, entablando conversación directa con los hurdanos para conocer más de cerca su situación. El periódico buscó alejar a Las Hurdes de la categoría de excepción, mostrándolas como una parte más de la nación, lo que hacía a España responsable de su desarrollo.

3.6 Luis Buñuel

Del 23 de abril al 22 mayo de 1933, Luis Buñuel se internó Las Hurdes para rodar su film *Las Hurdes, tierra sin pan*. Su interés por Las Hurdes fue espoleado por un reportaje aparecido en la revista *Estampa* pero, principalmente, fue la tesis de Legendre la que desencadenó su decisión de rodar en la región. “Yo acababa de leer un estudio completo realizado sobre aquella región por

Legendre, director del Instituto Francés de Madrid, que me interesó sobremanera” (BUÑUEL, 2004: 160). Una vez más, la labor del francés se encuentra detrás del interés de los intelectuales por esta región.

La obra de Buñuel recoge en sus casi treinta minutos de metraje todos los problemas que sufren Las Hurdes: la extrema pobreza, la penosa situación de las viviendas hurdanas, la mala alimentación, la cuestión de los *pilus*, el paludismo, el bocio y el cretinismo, las ínfimas cosechas y la división de la escasa propiedad ganadera, entre otras realidades. La imagen que se emite se encuentra así llena de pesimismo y miseria. Todo lo que retrata Buñuel es cierto, pero el hecho de que todos los males se encuentren concentrados en un tiempo tan limitado transmite la sensación de que así es un día común en la vida del hurdano. Las sombras que se reflejan son verdaderas, pero no lo es menos el que en la vida hurdana no hay solo sombras. Se muestra así una visión parcial de Las Hurdes, verdadera pero incompleta.

Ante esta realidad no puede perderse de vista que Buñuel encarnaba en su momento la figura del cineasta-intelectual que buscaba, a través de su obra artística, intervenir en la sociedad. Como intelectual, Buñuel recurrió a su cine para criticar la situación del momento, portando su obra una gran carga de denuncia social. *Tierra sin pan* no fue ajena a esta manera de entender el cine por parte de Buñuel y así es como hay que analizarla. Para el cineasta, resultaba incoherente el que en Las Hurdes persistieran muchos de los problemas que, precisamente, los dirigentes de la sociedad y la cultura española habían buscado erradicar. Para Buñuel era una muestra de la inoperancia del sistema político, social y cultural imperante en España que, a pesar de las acciones, no conseguía terminar con la miseria. “Le film devient alors le prétexte à manier le bistouri ou le rasoir afin de subvertir un système politique et social responsable de tant des misères et d’injustices” (RABATÉ, 2005: 385). Es por ello que solo buscó filmar lo negativo y obviar los adelantos alcanzados —si bien escasos, no inexistentes—, pues acudía a Las Hurdes con la plantilla de un discurso de oposición al régimen establecido. Como él mismo afirmaba en una carta a Max Aub: “«En cuanto a que filmé lo peor, era verdad. Si no ¿a qué iba?»” (GIBSON, 2013: 561).

Esta oposición no se encontraba solo en el mensaje de su obra, sino en la misma estructura del film. “La base même du film de Buñuel repose sur des mécanismes d’opposition” (RABATÉ, 2005: 380). Como expone Javier Herrera en su artículo “El anti-viaje de Buñuel a Las Hurdes” (HERRERA NAVARRO, 2006: 143-158), Buñuel planteó el documental desde una perspectiva enfrentada a los anteriores viajes de Alfonso XIII a la región. Así, si el rey comenzó su viaje desde Aldeanueva del Camino y lo terminó en La Alberca, Buñuel lo realizó del revés; si el monarca viajaba en un burro, en el film de Buñuel este animal muere devorado por las abejas; si en el viaje de Alfonso XIII los niños aportaban la nota alegre aquí eran los personajes más tristes. El cineasta presentó así su visión cinematográfica de Las Hurdes como una materialización de su alegato de oposición nacional.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo se ha comprobado que el compromiso con Las Hurdes de los diferentes individuos aquí analizados guarda mucha relación con su misión de guías del devenir nacional. Cada uno de estos agentes vio en Las Hurdes el reflejo de alguna de las carencias que sufría la España del momento y comprendió también que en su posibilidad de solución se encontraba la esperanza para la regeneración nacional. Fue esta imagen de España que vieron en Las Hurdes la que les llevó a trabajar en pro de esta región. No resulta, entonces, una coincidencia que los intelectuales se preocuparan por esta zona de España sino que, precisamente por su papel de intelectuales, por considerarse responsables del devenir nacional, estos individuos asumieron que tenían una misión que desempeñar en Las Hurdes.

Esta perspectiva no fue sostenida solo por algún individuo aislado, sino que fue la figura del intelectual español quien quedó comprometida con la causa hurdana. Es por ello que se pueden trazar los lazos que unen las acciones de un intelectual con las de otro y se comprueba que la labor de unos se apoyó en la de los demás. Las Hurdes eran un problema de la nación española en su conjunto y su solución despertó las conciencias de un grupo de aquellos que se consideraban los guías de esa nación.

Maurice Legendre comprendió muy pronto la dimensión nacional del problema hurdano y, como intelectual, consideró que una responsabilidad importante recaía sobre quienes se tenían por constructores de la nación. Por eso, aceptó como misión propia espolear a los intelectuales españoles en su compromiso con la causa hurdana, dando a conocer la región y moviendo a visitarla.

En su deseo de conocer la realidad hurdana, reflexionar acerca de ella y comprenderla, Unamuno encontró en esta región la intrahistoria, para él en Las Hurdes podía encontrarse el alma de España. A través de sus escritos buscó transmitir esta visión, reforzando la identificación de la región con el país.

En su viaje médico, Gregorio Marañón analizó el problema hurdano a partir de una mirada científica, buscando la raíz del problema y sus posibles soluciones. Pero además, comprobó que, como intelectual, estaba en sus manos enfrentar a España con su deber con respecto a Las Hurdes. El de Las Hurdes resultó así para Marañón, en palabras de su nieto Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, “un viaje personalmente más decisivo, [quedando] ya para siempre comprometido, como intelectual y como español, con el devenir de su país” (MARAÑÓN et al., 1993: 205).

Alfonso XIII, como representante político de la nación, consiguió que con su viaje se llevara España a Las Hurdes, pero también Las Hurdes a España, haciendo que la región penetrara muy directamente en la realidad nacional.

Gran parte de esta labor de visibilidad nacional de Las Hurdes recayó en las plumas y cámaras de los periodistas y fotógrafos que cubrieron el viaje del monarca. El tratamiento periodístico dado durante semanas a la cuestión hurdana, la elevó rápidamente de la categoría regional a la nacional gracias a los medios que la prensa tenía a su alcance.

Luis Buñuel tomó Las Hurdes como un referente nacional de aquellos problemas que buscaba criticar como cineasta-intelectual. Quiso llamar la atención sobre la ausencia de desarrollo que había en ella, mostrando un paralelismo con su idea de la situación nacional del momento.

Tendiendo puentes entre naciones, reflexionando y buscando la esencia, realizando un análisis científico, desplegando los aparatos del Estado, recurriendo a la metodología periodística o denunciando a través del arte, cada uno de estos agentes acudió a Las Hurdes con los mismos instrumentos con los que desempeñaban su labor regeneradora y de construcción nacional como intelectuales. Su compromiso con Las Hurdes era así algo propio de su misión para con España.

BIBLIOGRAFÍA

- (25 junio 1922). “El rey regresó anoche de la excursión a Las Hurdes”. *ABC*. pp. 15- 17.
(18 de junio de 1922). “Las Hurdes”. *El Imparcial*. p.1.
(23 junio 1922). “El viaje del Rey”. *La Correspondencia de España*. p.1.
ÁLVAREZ JUNCO, J. (2001). “Prólogo” en Storm, E. *La perspectiva del progreso: pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
ARAQUISTÁIN, L. (29 de junio de 1922). “La soberbia nacionalista”. *El Sol*. p.1
BAQUERIZO, P.A. (22 junio 1922). “El viaje regio”. *La Correspondencia de España*. pp. 1-2.
BUÑUEL, L. (2004). *Mi último suspiro*. 2ª ed. Barcelona: Debolsillo.
CACHO VIU, V. (1997). *Repensar el 98*. Madrid: Biblioteca Nueva.
DE UNAMUNO, M. (2006). *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Alianza
DE UNAMUNO, M. y RABATÉ J-C. (2005). *En torno al casticismo*. Madrid: Cátedra.
DUQUE de G (24 de junio de 1922). “El rey sanciona la propuesta”. *La Acción*. p. 1
ESTEBAN DE VEGA, M. (1999). “Decadencia, “desastres regeneración en la España de fin de siglo” en Esteban de Vega, M. y Morales Moya, A. (eds.). *Los fines de siglo en España y Portugal: II Encuentro de Historia comparada*. Jaén: Universidad de Jaén. Pp. 59-74.
FOX, E.I. (1976). *La crisis intelectual del 98*. Madrid: Edicusa.
GIBSON, I. (2013). *Luis Buñuel: La forja de un cineasta universal, 1900-1938*. Madrid: Aguilar.
GRANJEL, M. (2003). *Las Hurdes, el país de la leyenda: entre el discurso ilustrado y el viaje de Alfonso XIII*. Lleida: Milenio.
HERRERA NAVARRO, J. (2006). “El anti-viaje de Buñuel a Las Hurdes”, en Herrera Navarro, J. *Estudios sobre Las Hurdes de Buñuel: evidencia fílmica, estética, recepción*. Sevilla: Renacimiento. Pp.

143-158.

JULIÁ DÍAZ, S. (2004). *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.

MARAÑÓN, G. (1979). "Maurice Legendre y España" en Marañón, G. y Juderías, A. *Obras completas. T. IV, Artículos y otros trabajos*, 2ª ed. Madrid: Espasa-Calpe.

MARAÑÓN, G. et al. (1993). *Viaje a Las Hurdes: el manuscrito inédito de Gregorio Marañón y las fotografías de la visita de Alfonso XIII*. Madrid: El País Aguilar.

NIÑO RODRÍGUEZ, A. (2007). "El protagonismo de los intelectuales en los proyectos de reforma educativa y modernización cultural" en Gómez-Ferrer, G. y Sánchez, R. (eds.). *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*. Madrid: Biblioteca Nueva. Pp. 199-229.

RABATÉ, J-C. (2005). "Guerre des images dans Las Hurdes (XIXe-XXe siècles)" en Molinié, A., Zimmermann, M-C y Ralle, M. (eds.). *Hommage à Carlos Serrano [vol.II]*. París: Éditions hispaniques. Pp. 375-388.

ROBERTS, S.G.H. (2007). *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

ROBLES, L. (1994). "El viaje de Unamuno a Las Hurdes (1913): (cartas y documentos)" en *Alcántara: Revista del Seminario de estudios cacereños*, tercera época, 31-32. Cáceres : Institución Cultural .^{El} Brocense", pp. 193-244.

SALAVERRÍA, J.M. (15 de junio de 1922). "El caso de Las Hurdes". *ABC*.pp. 3-4.